

adversa suerte, anexionarse las esencias y tradiciones del humanismo, como si éste, que es un movimiento de emancipación total del hombre pudiese, sin traicionar su destino, ponerse al servicio de las fuerzas que oprimen al hombre.

Y luego de celebrar el entendimiento cordial de la Administración con la Universidad, puso de relieve lo que significa la entrada del Instituto de Cultura en el escenario de la vida obrera. Representa el descubrimiento de nuevas e ilimitadas perspectivas de acción, un cambio en su funcionamiento, y el abandono de una estéril tendencia a formar una caduca aristocracia del espíritu.

Se acabaron pues las imaginarias torres de hipotético marfil: hay que poner la cultura al servicio de la vida humana en su proceso de emancipación económica y espiritual. Del cruce del humanismo con el socialismo, surgirá el mundo futuro.

(De "El Nacional").

Lo Humano Sobre lo Político

Por ROMULO GALLEGOS

Al vigoroso autor de "Doña Bárbara", en sus funciones de representante popular en la Cámara de Diputados de su país, corresponden estas palabras valientes, precisas, sobre un punto que con diversas manifestaciones viene imponiendo supremacía en la vida política de todos los países.

ES indudable que hemos venido a esta Cámara con el patriótico propósito de trabajar por el bien del país, y lo están demostrando los proyectos de leyes que se han presentado y los que se ciernen en la perspectiva de las labores de la Cámara.

Ello corresponde a una prédica que venía haciéndose, de que nuestro deber primordial y casi exclusivo es la elaboración de leyes que contribuyen al resurgimiento material, económico, social, etc., del país.

Es cierto que nuestro país adolece de múltiples y apremiantes necesidades: reina el analfabetismo, y es necesario combatirlo; falta agua en nuestros campos, y hay que buscarla: hay numerosas regiones de nuestro país completamente insalubres, y es necesario sanearlo, etc.

Por otra parte, yo también creo, y por ahí lo tengo escrito ya hace tiempo, que sólo cuando todos los ciudadanos nos imponemos la disciplina de hacer lo propio, lo que nos corresponde, aquello para lo cual tengamos aptitudes, honrada y patrióticamente, será cuando empezará el país a resurgir. Pero, si es cierto que el remedio de las necesidades materiales constituye el vivir, que dijo el antiguo Presidente de la República, también es cierto que en las colectividades humanas no se puede proscribir ni postergar el pensar, por-

que entonces el vivir se convertiría en vegetar. Y este pensar no puede ventilarse sino en el campo libre de las ideas políticas. Advierto que no soy político, y que la lucha política no me interesa; por el contrario, repugna a mi temperamento, más bien inspirado en normas de moderación conciliadora, pero la verdad es que el problema político está planteado tácitamente en esta Cámara, como en todo el país.

No he venido a esta Cámara a la oposición sistemática. No formo parte integrante de grupos de oposición, no me interesa si siquiera que se me llame "de izquierda". Soy un hombre con una ideología, claro está, pero sobre todo un hombre que procura el bien de su país, porque he demostrado en mi obra literaria y en mi conducta personal que lo amo y deseo su engrandecimiento. Quiero que los venezolanos vivamos felices en nuestra patria, y que se trate de despejar los horizontes que se carguen de amenazas. No van, pues, encaminadas estas palabras a formular una censura, que ahora sería extemporánea, sino una simple exhortación al patriotismo indudable de todos los que me oyen, y por los cuales siento un igual aprecio.

Hay dos formas de violencia, que hacen imposible el vivir. La violencia contra el cuerpo; necesidades insatisfechas, prisiones, destierros, torturas, vejámenes; y la violencia contra el espíritu: impedir la libre manifestación de la personalidad y crear esa atmósfera de inseguridad y amenaza, que, planteando el dramático conflicto entre la dignidad y la conveniencia, induce al relajamiento de las virtudes cívicas y lleva a la desmoralización y envilecimiento de los espíritus.

Yo no sé si puede decirse que exista en el mundo un país donde algo de esto suceda; pero tampoco me interesa averiguarlo, porque siempre será mi mayor aspiración que Venezuela sea ese país ejemplar donde sea grato y decoroso vivir, plenamente.

Es innegable que el Ejecutivo viene trabajando en el sentido de encontrar la solución práctica y efectiva de nuestros males materiales, y en ese terreno sería injusto regatearle aplausos. Yo, el primero, se los tributo con toda mi buena fe; pero también es cierto que, paralelamente con esa labor patriótica y bien intencionada, vienen produciéndose casos que ya condensan en cierto modo esa atmósfera de amenaza a que en un principio me referí. Acabamos de tratar uno, entre otros que se han presentado a la consideración de esta Cámara. Soy de parecer que esta Cámara no tiene atribuciones para resolver el asunto que se ha propuesto, y por eso tomé la palabra cuando se trató del informe que presentó la Comisión respectiva. Pero, junto con esos casos particulares, hay otros casos graves: La disolución de los partidos de izquierda—advierto que no pertenezco a ninguno de esos partidos—la expulsión de un grupo de ciudadanos venezolanos, etc.

Sobre este caso concreto, nada creyó oportuno decir ayer en su Mensaje el ciudadano Presidente. Respeto sus razones, y es de esperarse que

ello vendrá en la memoria del Ministerio de Relaciones Interiores, que esta Cámara deberá estudiar. No quiero prejuzgar cuál sea el contenido de las razones que aduzca el Ministro de Relaciones Interiores, para los hechos que he citado; pero se me puede permitir que me adelante un poco al encuentro de las razones de orden público que seguramente serán aducidas.

Nadie más que yo desea que el orden reine. Yo no podría vivir en un país donde no reinara el orden, porque no soy hombre de presa. Por otra parte, toda mi obra literaria—no la menciono para hacerle propaganda—demuestra que soy un hombre que desea el orden; y que rinde tributo a la jerarquía humana cuando es legítima. No soy un vociferante, no soy un energúmeno, y si mis simpatías están con el pueblo, es porque éste representa hoy la porción sufriendo, la porción oprimida por las injusticias que se han venido acumulando sobre la actual estructura social; pero si alguna vez ese pueblo se adueña de la fuerza y abusa de ella en un régimen dictatorial y despótico, iré contra él, y mis sentimientos estarán con la porción entonces oprimida.

Exhorto, pues, a la Cámara, y especialmente a los diputados que forman la Comisión de Relaciones Interiores, a que cuando estudien las razones aducidas por el Ministro en pro de las mencionadas medidas, se sitúen en un punto de vista humano. Yo, por encima de lo político, que considero accidental y transitorio, pongo lo humano, que es algo sustantivo y permanente. Hay que tener en cuenta que no era posible que nuestro país pasara del régimen antiguo (yo no lo llamo gomecista, porque nunca he creído que Gómez fuera la causa de nuestros males, sino la consecuencia del largo período de involución hacia la barbarie que venía siguiendo el país, casi desde los mismos comienzos de la República, y que culminó en Juan Vicente Gómez por razón natural; y es de esperar, como sucede en todos los casos en que culmina un período involutivo o evolutivo, que en seguida de la culminación venga la decadencia, decadencia que en este caso es la esperanza para nosotros) era imposible, repito, que el país pasara de aquel régimen a éste, iniciado bajo una amplia promesa democrática, sin que sobreviniera un período de convulsión de la opinión pública. Este país estaba cerrado al pensamiento, y tenían que ventilarse aquí ideas que hace tiempo se están ventilando en el mundo: simplemente afirmo el hecho de que se agitan en la conciencia del mundo, y tenían que ventilarse aquí. Fue con las prisas y la vehemencia de nuestro temperamento, como tuvieron que propagarse esas ideas en la superficie de la conciencia nacional. Era explicable que espíritus de buena fe se alarmaran ante una posible implantación del comunismo en Venezuela. Para mí, nada más absurdo; pero es necesario advertir que, al lado de esa alarma explicable, tenían que congregarse las fuerzas vivas del despotismo, vivas todavía, cuyo interés primordial es retrotraer al país

al estado de presa fácil de los apetitos y de la concupiscencia.

Y tal vez esta alharaca de la mala fe haya podido oscurecer el criterio de orientación conciliadora, que fue la norma que acogió desde un principio el actual Jefe del Estado, y que siguió durante algunos meses de su gobierno. No soy pesimista, y por lo tanto, creo que los procedimientos volverán a correr por el antiguo cauce de calma y cordura (y lo digo con todo respeto), serenidad y amplia comprensión, que inspiran al Jefe del Estado; pero hay que estar alertas, porque es nuestro deber, ante una posible complicación de los acontecimientos que acentúe la regresión al pasado.

Y así, me permito exhortar a los Diputados que forman la Comisión de Relaciones Interiores, a fin de que estudien con serenidad, con imparcialidad, los documentos allí expuestos, de modo que la Cámara, por el informe que ellos presenten, pueda orientar la conducta que el deber nos impone.

(De "Ahora". Caracas, Venezuela.)

Lutero Contra Erasmo

Por DENIS DE RUGEMONT

¿QUE se sabe de Lutero en Francia? Que rompió la unidad de la Iglesia. ¿Pero en qué circunstancias? ¿Impulsado por qué razones, y obedeciendo a qué fines? Si no queremos atenernos a apreciaciones tales como aquella de que era un "monje que quería casarse", sería conveniente hojear, por lo menos, la obras principales del gran reformador. Ahora bien; ocurre—cosa casi increíble—que ni una sola de estas obras ha sido traducida en Francia, no obstante que fueron escritas desde hace cuatro siglos. Unas páginas escogidas, un apéndice a una breve biografía, un folleto sobre la libertad cristiana, y las excesivamente célebres "Conversaciones de Mesa", absolutamente insignificantes, desde el punto de vista de la doctrina religiosa: he aquí todo lo que nos es accesible de una obra de la que, sin embargo, se sabe que influyó más que cualquiera otra en los destinos de Occidente. (Mi apreciación, por supuesto, no implica sino una simple constatación histórica).

Es, pues, merecedor a nuestro agradecimiento el animoso editor que acaba de tomar a su cargo la reparación de esta inconcebible laguna, publicando la obra central de la Reforma Luterana, bajo el título francés de "Traité du Serf Arbitre". Tal publicación está llamada a prestar inapreciables servicios, aun cuando solamente se le considere desde el punto de vista de la cultura general, toda vez que nos sitúa en la entraña